

WAGNERIANA CASTELLANA Nº 40 AÑO 2001

TEMA 5: WAGNERIANISMO

TÍTULO: **JOAQUIM PENA (Barcelona 1/3/1873 – 25/6/1944)**

AUTOR: *María Infiesta*

Deparo un auténtico honor el haber sido encargada de glosar el recuerdo de Joaquim Pena en el centenario de la fundación de la Associació Wagneriana. Creo que un hecho en el que todos los wagnerianos estamos de acuerdo, ¡y qué difícil suele ser que lo estemos! es que la Associació Wagneriana, de no haber existido una figura de la talla de Joaquim Pena no habría sido ni una cuarta parte de lo que fue. De él sí que se puede afirmar que fue el alma de la Associació. Ciertamente no partió de él la idea de fundarla. Tal vez porque él ya iba realizando su tarea wagnerista desde las páginas de los periódicos y con ello ya veía cumplida su misión. Pero lo cierto es que cuando aquellos jóvenes estudiantes acudieron a él con el entusiasmo que infunden los pocos años y el desinterés material que proporciona el trabajar por un ideal, Pena no dudó ni un solo instante: Se mostró dispuesto a ayudar incondicionalmente el proyecto con trabajo, con ideas, con dinero... con lo que hiciese falta. De hecho tenía ante sí la oportunidad de dedicarse en cuerpo y alma a aquello que más había conmovido su espíritu a lo largo de la mayor parte de su existencia: el legado artístico, musical y teórico de Richard Wagner.

Cuando el 31 de diciembre de 1906 el semanario "Joventut" publicó su número de despedida, Pena recordaba así el momento en un artículo titulado "Çò qui viu se plau mudant" ("Mudanza y cambio ama quien vive". Wotan: "El oro del Rhin"). A **Joventut** vinieron a buscarnos aquel grupo de simpáticos jóvenes desconocidos que quería a toda costa una "Sociedad wagnerista" (como ingenuamente la llamaban); de esta casa salió la plana mayor de su primera Junta Directiva (Zanné. Vilaregut) y en su propia mesa de redacción se concibieron los primeros estatutos. **Joventut** fue pues la varita mágica que unió el wagnerismo desparramado. Cordial agradecimiento al que hoy termina, en nombre de todos los buenos wagnerianos".

Así, Joaquim Pena aceptó el cargo de Presidente de la recién nacida Associació Wagneriana cuyos estatutos se aprobaban el sábado 2 de noviembre de 1901 y... ¡a eso se llama voluntad! Al día siguiente, domingo, ya realizaban su primera actividad: Joaquim Pena y el Maestro Ribera ofrecían un estudio poético, temático y escénico del Prólogo del “Ocaso de los dioses” ¿Por qué tanta prisa? Pues porque el 16 del mismo mes se estrenaba ese drama musical en el Liceo y querían que el público estuviera preparado para comprender todo el mensaje que esta obra pretende transmitir.

Esta sesión fue la primera de una larga lista. Pero ¿en qué consistían exactamente estas sesiones? Pues nada más y nada menos que en lo siguiente: Joaquim Pena era el encargado de explicar en primer lugar el significado literario, filosófico y musical de la obra y de analizarla comentando sus temas. Venía a continuación el estudio temático musical del fragmento en cuestión, en nuestro caso el Prólogo del “Ocaso de los dioses”. El Maestro Ribera, a quien el empresario del Teatro del Liceo Mestres Calvet calificaría un día de “la primera autoridad entre nosotros en asuntos wagnerianos”, interpretaba al piano los temas y explicaba como se desarrollaban, combinaban y variaban indicando en cada leitmotiv el instrumento de la orquesta o la voz que lo cantaba. A continuación se proyectaban una serie de grabados o fotografías, proporcionadas por Joaquim Pena, de los personajes, los decorados y las escenas más representativas. Antoni Ribera en este caso (en otros solía hacerlo Miquel Domènech Espanyol, otro de los personajes más importantes que ha dado el wagnerismo catalán) interpretaba al piano el Prólogo completo. Cuando el fragmento en cuestión era cantado, aficionados afiliados o simpatizantes de la Associació Wagneriana aportaban su voz a la audición con la que finalizaba la velada.

De estas sesiones, que tenían lugar en la Sala Mozart, sita en la calle Canuda de la Ciudad Condal, había escrito Pena en otra ocasión: “En ningún acto así se había conseguido un silencio tan imponente, aún estando del todo llena la espaciosa sala. Ello representa un triunfo indiscutible, pues con toda justicia podemos afirmar que la atmósfera que reina en ella es igual al ambiente que se respira en el Teatro de Bayreuth”.

No conocemos a ningún wagneriano en todo el mundo que haya dedicado a esta causa el tiempo y el esfuerzo que dedicó Joaquim Pena a lo largo de su vida. La lista exhaustiva de obras traducidas por él al catalán (y también al castellano) podría ser objeto de una tesis universitaria pues aparte de la variada cantidad que existen editadas, hay bastantes más que todavía hoy se conservan manuscritas en la Biblioteca de Catalunya y que no han visto jamás la luz. En el tema estrictamente wagneriano (pues tradujo cantidad de obras musicales de infinidad de compositores y algunas de teatro), debemos señalar sus traducciones de “El Arte y la Revolución” (1903) y “Música del Porvenir”. De los dramas de Wagner, los tradujo todos desde “Las Hadas” hasta “Parsifal”. Todas las traducciones estaban adaptadas a la música y, a partir de “El holandés errante”, las traducciones van acompañadas de la exposición de los temas que van apareciendo en cada momento. Geroni Zanné y Xavier Viura colaboraron con Pena en la elaboración de estas traducciones. De algunas de las obras, Joaquim Pena realizó dos traducciones diferentes adaptadas a la música. En la de “Parsifal”, la exposición temática que se acompañaba era la de Miquel Domènech Espanyol, según Pena “más que un auténtico wagnerista, creemos que es un parsifalista”. Otra de sus grandes aportaciones a nuestra cultura, fue la traducción al catalán de “El drama wagneriano” de Houston Stewart Chamberlain, importantísima obra de iniciación a la comprensión del compositor.

Joaquim Pena colaboró como cronista musical con diversas publicaciones, como la ya mencionada “Joventut”, “Hispania” (cuyo monográfico dedicado al estreno de “Tristan e Isolda” corrió a su cargo). “La Setmana Catalanista”, las “Hojas Musicales” que inauguró en “La Publicidad” a partir de octubre de 1916, naturalmente con un número dedicado a Richard Wagner, y en cuya sección de “Efemérides”, dedicó muchos recuerdos a episodios de la vida o estrenos de los dramas musicales del Maestro de Bayreuth. También publicó en estas páginas biografías de compositores y poetas, críticas sobre acontecimientos diversos, réplicas, traducciones varias al catalán... Pena se encargó de la redacción de 100 de estas “Hojas Musicales”, abandonando después su cargo por diferencias con la dirección de la publicación. Asimismo colaboró con la “Revista de Música” de Buenos Aires y

en las páginas de los diarios y revistas barceloneses, escribió comentarios sobre los dramas a los que personalmente tuvo la oportunidad de asistir en los Festivales de Bayreuth y en otros importantes teatros de ópera del extranjero. A pesar de que se le tenía por intransigente, él nunca pretendió sentar cátedra. Simplemente se sentía tan identificado con la obra del Maestro de Bayreuth que defendía con aplastante seguridad lo que, estaba convencido, Richard Wagner habría defendido de cantantes y decoradores de haber estado presente en las representaciones. Y en cuanto a los cortes de las obras o la sustitución de unos instrumentos por otros ¿es que no nos podemos nosotros mismos imaginar la cara que habría puesto el compositor al encontrarse en un caso semejante? A no dudar, habría reaccionado de forma todavía más viva que nuestro crítico musical.

Veamos lo que escribía Joaquim Pena en “Joventut” en Julio de 1902 a propósito de la creación de la “Associació Wagneriana”: “Y con este propósito tenemos colocada ya la primera piedra, de forma que en ocho meses de funcionamiento de la Associació Wagneriana ya se ha conseguido alguna cosa, cada uno hemos aportado tan sólo un grano de arena, pero todos esos granos juntos dan fe de vida de nuestra fundación. No queremos hablar de las veintisiete sesiones celebradas, entre conferencias y audiciones musicales, en las que el maestro Ribera ha sido el auténtico alma, y en las que personalidades musicales tan acreditadas como los Maestros Fischer, Pedrell y Granados han honrado a la Associació. Pero además de las memorables veladas que estos maestros nos han proporcionado, de los estudios completos de “El ocaso de los dioses” y de “El oro del Rhin”, así como de otras obras de Wagner y de diversos autores, pues todo eso ya ha pasado y sus frutos han sido sólo para los asociados; debemos mencionar la sección de publicaciones wagnerianas cuya esfera de acción es más amplia, pues se extiende a todo el mundo que pueda tener interés por estas materias. No comentaré el valor de las traducciones, pues nos toca demasiado de cerca, pero nadie tomará por inmodestia que digamos que la Associació Wagneriana ha hecho algo y hasta mucho más de lo que podía esperarse, publicando en tan corto espacio de tiempo “El ocaso de los dioses”, “El drama wagneriano” y “El oro del Rhin” (este último a punto de entrar en imprenta)”.

Y en este mismo artículo, Pena escribía lo siguiente sobre las Asociaciones Wagnerianas: “Hace mucho tiempo que existen las asociaciones wagnerianas que se encuentran en las principales capitales. El fin de estas fundaciones ha cambiado en la actualidad, pues en principio fueron creadas a iniciativa del propio Wagner, con objeto de colaborar en la empresa de Bayreuth, es decir, de despertar el espíritu de los adeptos al Maestro para suscribir las acciones que asegurarían la construcción de su teatro y, al mismo tiempo el colosal triunfo de su Arte. Pero todo esto es un hecho de hace ya muchos años y en este sentido las asociaciones no tienen ya razón de ser, pues el público de todos los rincones del mundo se ha encargado de inutilizarlas llenando a rebosar el teatro en cada representación que se ha dado durante el último cuarto de siglo... El fin de las asociaciones wagnerianas es hoy bien diferente. No son sociedades musicales sino fundaciones artísticas, no estudian la música wagneriana sino el Arte de Ricardo Wagner, es decir, que aparte de considerarle como músico, le consideran también como poeta y como pensador; en una palabra, su misión es más educativa que recreativa y en vez de gozar con la ejecución de sus obras, se sumergen en su estudio para desentrañar su verdadero significado. Con este fin, el único práctico hoy, se creó la Associació Wagneriana de Barcelona.

Joaquim Pena fue Presidente de la “Associació Wagneriana” de 1901 a 1904. Ese año cedió la Presidencia a Vicente Deu y Pausas. Pero eso no quiere decir ni mucho menos que disminuyera su celo por mantener y aumentar la categoría de la asociación. Muchas fueron las actividades en las que Joaquim Pena fue dejando su ilusión, su anhelo, su alma, a medida que se iban quemando las etapas de la “Associació Wagneriana”. También era “liceísta”, tenía butacas de propiedad en el teatro y sentía por él el mismo amor, ¡o tal vez más! Que sentimos todos cuantos apreciamos el mundo de la ópera. Si en ocasiones escribía críticas amargas o se quejaba de las malas condiciones del Teatro, lo hacía movido por el dolor que sentía al ver que las representaciones no alcanzaban el elevado nivel que el Teatro se merecía y con la mejor intención y voluntad de que algún día llegase a alcanzarse ese nivel. Fue él quien consiguió que el empresario Bernis se llevara a Soler Rovirosa a Bayreuth para estudiar todos los secretos técnicos del Teatro y conseguir un

estreno de “Tristan e Isolda” en Barcelona que causase sensación. Que luego el estreno fuese para él un desastre y que lo criticase elocuentemente en las páginas de “Joventut” no indicaba más que la terrible decepción que debió sentir al ver que todos sus esfuerzos no habían dado el resultado esperado. Pero para razonarlo, es necesario que nos pongamos en su lugar y que comprendamos que, acostumbrado a las modélicas representaciones wagnerianas del momento en Bayreuth, su mayor anhelo era que las del Liceo de Barcelona no tuvieran nada que envidiarles.

La dedicación y la voluntad que Joaquim Pena puso al servicio de la “Wagneriana” fue enorme. Son contadísimos los ejemplos que podrían ponerse de personas que se vuelquen con tal ímpetu y constancia en una labor de este tipo. Todo cuanto pudiera hacer en favor de la causa del Maestro de Bayreuth le parecía insuficiente. Y cada nuevo proyecto era recibido con exuberante alegría y confianza en su realización. Tal fue el caso del intento de estrenar el “Parsifal” en España en el Monasterio de Piedra. La idea la concibió Pena en 1912 y debía llevarse a cabo conjuntamente entre las Asociaciones Wagnerianas de Madrid y Barcelona. Se pretendía convertir una parte de los jardines del Monasterio en un Teatro de Opera y ya se tenía estudiado el lugar exacto: el final del “Lago del Espejo” tocando a la “Peña del Diablo”. Joaquim Pena lo organizó todo y, finalmente, acudió a una reunión conjunta con los delegados de Madrid a la que no se presentó nadie. De Barcelona acudieron, además de él, personalidades de la talla de Oleguer Junyent y Lamotte de Grignon. El proyecto tuvo que abandonarse y suponemos que la desilusión de Joaquim Pena debió ser tremenda pues si “Parsifal” se hubiera podido estrenar al aire libre, en un entorno tan idílico y romántico como el que proporcionan los jardines del Monasterio de Piedra, el evento habría conseguido la misma categoría que los renombrados Festivales Wagner que se celebraron poco después en el Bosque de Zoppot y que han quedado como ejemplo de perfección para la posteridad.

En 1913, en el centenario del nacimiento del compositor, la “Associació Wagneriana” que se hallaba entonces en todo su esplendor organizó en el Palau de la Música unos extraordinarios conciertos bajo el título “Festivales Wagner”. Aparte de colaborar en la organización de los mismos con su ardor

habitual, Joaquim Pena escribió, en colaboración con Geroni Zanné, un “Himno a Wagner” que se podía cantar al compás de la “Marcha” del “Tannhäuser”. al finas de estos Festivales, Joaquim Pena fue objeto de un homenaje por la labor educativa y difusora del wagnerismo a lo largo de toda su vida. También se le agradeció en conseguir que los Festivales no solamente hubieran sido wagnerianos sino catalanes al mismo tiempo. La “Associació Wagneriana” fue profundamente catalana a lo largo de toda su historia, entendiendo en catalanismo como tradición y cultura, no como separatismo del resto de la península. Los componentes de la “Associació” apoyaron con enorme vitalidad a compositores, literatos, poetas, pintores, escultores... y de hecho muchos miembros de la misma como Amali Prim, Joan Maragall, Joseph Lleonart, Geroni Zanné... dedicaron sus cualidades artísticas a la cultura catalana. Entre los grandes logros catalanistas de Pena, desearía citar aquí la adaptación de la obra “Terra baixa” de Angel Guimerà a la ópera del mismo título compuesta por Eugène d’Albert. Joaquim Pena aprovechó también uno de los actos del homenaje que se le tributó para expresar su deseo de construcción de un teatro Wagner en Barcelona en el que se representasen los dramas musicales en catalán pero también las obras de compositores catalanes contemporáneos. En el número 12 de junio de 1902 de la revista “Joventut”, Joaquim Pena había escrito un artículo titulado “Músicos que huyen”, sobre lo penoso que le resultaba el que los compositores catalanes se vieran obligados a trasladarse a Madrid para ver allí interpretadas las composiciones que no conseguían estrenar en Barcelona. El artículo lo escribió a raíz del encuentro casual con Albéniz en Madrid, durante el cual este compositor le informó que acababa de tomar la resolución de trasladar su residencia a la capital de España. Albéniz había acabado una ópera, “Merlín”, que deseaba estrenar en Barcelona. Tras un intento fallido de reconstituir el “Teatre Líric Català” entre el propio Albéniz, Morera y Granados, Albéniz en palabras de Pena, “creyó depresivo para su dignidad llamar a más puertas, recibir más chascos de los que nos cuenta ha padecido la presente temporada y, que duda cabe de que tenía razón para enfadarse y se ha enfadado... En cuanto a Albéniz, después de darle la razón en lo que estimamos le corresponde, no podemos menos que deplorar su decisión, tanto más cuanto que presentimos que no ha de serle provechosa. La

atmósfera musical de Madrid no es más sana que la nuestra, así que su talento y su independencia de carácter deberán luchar con no pocos obstáculos, de los que podrá informarle su colega Morera. Tenga tan solo en cuenta que, si por desgracia la ópera de éste no alcanzara éxito (y a nosotros nos sabría muy mal), las de los otros compositores catalanes pasarían a la cola, pues hoy en día no nos sobren las simpatías por esos barrios. Por otra parte, el “Teatro Lírico español” ha nacido muerto y para el próximo invierno habrá que mirar más bien hacia el Real en donde, aunque la puerta es más grande, la entrada es más difícil.” Efectivamente, el Teatro Lírico de Madrid se cerró antes del estreno de la ópera de Morera, con lo que todo esfuerzo de ambos compositores resultó, en ese caso, inútil.

Volviendo a 1913 y los actos del centenario, también se confeccionó un “Libro en honor de Joaquim Pena” en el que aparecían registradas todas sus críticas aparecidas en “Joventut”, todas sus conferencias ofrecidas en el seno de la “Associació Wagneriana”, todas sus traducciones publicadas por la “Associació Wagneriana”, tanto de dramas musicales como de partituras catalanas y obras teóricas de o sobre Richard Wagner. A continuación venía la lista de traducciones suyas publicadas por otros editores, las ejecuciones escénicas de sus traducciones catalanas en el Gran Teatre del Liceu de Barcelona, el Teatro Real de Madrid y el Teatro Principal de Valencia con especificación de los cantantes que las interpretaron, las audiciones en conciertos de sus traducciones catalanas y los conciertos organizados en conmemoración del centenario de Wagner. Finalmente, un texto titulado “Los seguidores” indicaba que era un honor para los abajo firmantes considerarse unidos a la obra maravillosa que, a través de la cultura musical catalana, Pena había llevado a cabo y un deber soberano animarle en sus empresas que no debe hacer sólo sino en colaboración con todos ellos. “El firme núcleo wagneriano que siempre os ha seguido y el número cada vez más importante de amantes de la música y de la lengua catalana que se han sumado al movimiento artístico y patriótico a cuya cabeza estáis, os rinde un aplauso y os exige nuevas victorias”. A continuación una lista de 177 nombres encabezada por Franz Beidler, Lina Pasini Vitale y Joan Raventós en la que encontramos nombres de la talla de Francesc Cambó, Enric Morera, Enric Granados, Eduard

Toldrà, Josep Carner, Oleguer Junyent, Adrià Gual, Bonaventura Bassegoda, además, naturalmente, de sus incondicionales de la “Associació Wagneriana”.

Una prueba de que a Pena le interesaba tanto la música y en especial el wagnerismo, como la cultura catalana, la tenemos en que al año siguiente, en 1914 en el transcurso de la celebración de la Fiesta de la Música Catalana, Pena otorgaba un premio a la mejor obra para piano de carácter catalán que no fuera una sardana. Tomás Buxó ganó este premio por su obra “Tres piezas características para piano”. Desgraciadamente, en la actualidad nos resulta totalmente imposible escuchar esta pieza que a no dudar tenía su valía. Tal vez aparezca algún día la partitura y podamos saber con que criterio se entregó este premio que consistió, precisamente, en la partitura de “Parsifal” para pequeña orquesta.

Pena formó asimismo parte de la comisión del “Orfeó Català” y fue secretario de la “Orquesta Pau Casals”, fundada en 1920. Del hecho de que sus traducciones de los dramas wagnerianos habían sido acogidas con entusiasmo, nos da cuenta el empresario Mestres Calvet, a raíz del estreno en 1921 de la “Tetralogía” completa en el Teatro del Liceo. “Si ya empezaban a encenderse aquellas lamparillas curiosas de algunos que seguían las traducciones hechas por Joaquim Pena, pocos años después aquellas luces brillarían por todas partes para hacer del Liceo un cielo de estrellas wagnerianas”.

Como ya hemos comentado antes, Joaquim Pena gozó de joven de una desahogada posición económica que no le obligaba a trabajar para ganarse el sustento. Pero su devoción por la vida musical y especialmente por la causa wagneriana le llevaron a gastar más de la cuenta y, en años posteriores tuvo que buscar la manera de aumentar el caudal familiar. En 1937 fue nombrado Bibliotecario-Archivero de la Institució del Teatre de la Generalitat de Catalunya. A esta Institució donó con el tiempo toda su abundante colección wagneriana que, más tarde, pasaría a la Biblioteca de Catalunya. Desgraciadamente, suponemos que por la cantidad de donaciones que continuamente recibe, la Biblioteca la conservó durante muchos años en un armario, sin catalogar y, aunque se permitía consultarla previa demanda, no estuvo al alcance del público en general que desconocía totalmente su

existencia. Su colección de postales relacionadas con el mundo Wagneriano fue realmente importante en su momento. Otro de los interesantes proyectos en los que colaboró Joaquim Pena fue en las Audiciones de Lieder de compositores diversos como Schubert, Schumann, Wolf, Mussorgsky, Debussy, Ravel... con textos suyos traducidos y adaptados a la música, organizadas en 1938 por la Dirección General de Radiodifusión de la Generalitat de Catalunya, en las que intervinieron cantantes como Mercè Plantada, Emili Vendrell o Concepció Callao y pianistas como la recientemente desaparecida Maria Canela, a quien también deseamos honrar en estas líneas por su incansable dedicación a la difusión de la cultura musical. El 1940, la Editorial Labor encargó a Pena la dirección de un Diccionario de la Música.

Joaquim Pena, que estaba casado, falleció el 1944 sin descendencia directa aunque él y su esposa adoptaron al hijo de unos amigos al quedar huérfano. Como desgraciadamente ha sucedido ya con otros muchos personajes importantes del mundo de la cultura, nadie de la familia se ha ocupado de estudiar en profundidad la vida y los logros de este tenaz y consecuente wagneriano y, así, tanto parte de sus escritos o traducciones como de hechos significativos acaecidos a lo largo de su rica vida cultural y anímica permanecerán en el secreto de los tiempos. Claro que es bien cierto que muy pocas, poquísimas, -¿alguien tal vez?- personas supieron organizar su vida como Richard Wagner y dejar para la posteridad tal cúmulo de creaciones, escritos y testimonios que permitan a cada cual hacerse su propia idea de como fue realmente ese gigantesco genio.

Con Joaquim Pena, repito, no ha sucedido lo mismo, si bien nos queda una cantidad nada despreciable de artículos, críticas y comentarios para profundizar un poco en su personalidad. Las noticias que nos han llegado son de que era una persona sincera, desinteresada, noble, reservada y modesta, sin afán alguno de protagonismo pero con enorme energía a la hora de dejar clara su opinión, amigo de enorme valía para sus amigos pero temible adversario con quienes consideraba que no actuaban de buena fe (el artículo titulado “Clar i Català” publicado el 5 de abril de 1900 en “Joventut” en respuesta a un crítico musical que ataca a “un senyor que fa riallas de **pena** ò de **poca-pena**”, deja patente que detesta los ataques personales pero que si

no le queda más remedio, los devuelve al ciento por uno), con enorme voluntad cuando se proponía algo, aunque al final no lo consiguiera y con una gran vida interior. Pocos de nosotros seríamos para él wagnerianos pues, en su opinión, todo wagneriano de mediana cultura debía saber alemán, conocer los dramas musicales del Maestro y sus comentarios de como debían representarse, haber leído por lo menos parte de su obra teórica y de su correspondencia y haber asistido en algunas ocasiones a los Festivales de Bayreuth.

Nos consta de manera indudable que consagró su vida, y no ha sido el único, a la causa del wagnerismo, que con su firme voluntad consiguió dejar de ello muchísimo fruto y que, gracias a él, y naturalmente a otros muchos, pero tal vez porque él estuvo siempre allí, cualquier wagneriano que esté interesado en ello puede en la actualidad cantar íntegros en catalán los gramas musicales de Wagner. Algo realmente desaprovechado en nuestros días, que permitiría entender mucho más fácilmente el verdadero mensaje y significado de cada uno de ellos. Pero si no los aprovechamos como debemos, ese es nuestro problema. Joaquim Pena cumplió ¡y muy bien! Y desde estas páginas, con el corazón rebosante de admiración y agradecimiento, anhelamos unirnos espiritualmente a él y al legado wagneriano que con tan desbordante entusiasmo nos supo transmitir.